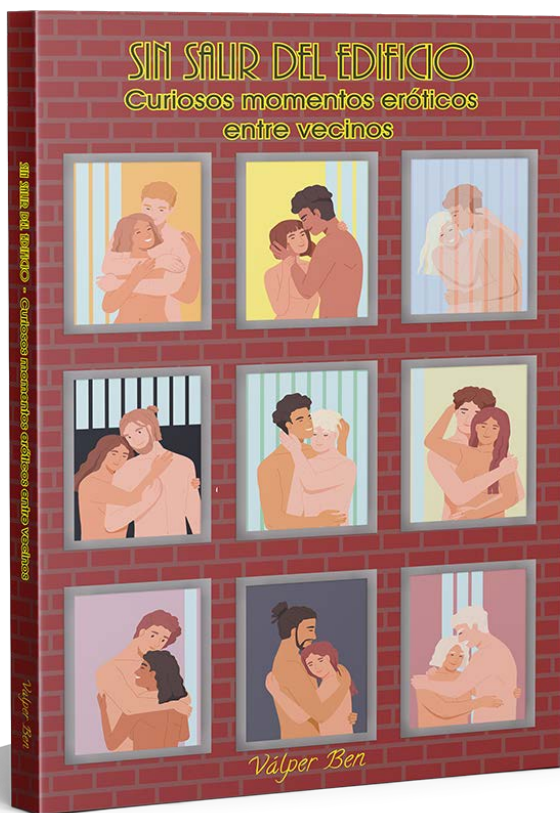


SIN SALIR DEL EDIFICIO

CURIOSOS MOMENTOS ERÓTICOS ENTRE VECINOS

Válper Ben



Calipigia

Erotismo, sí,
pero inteligente

SIN SALIR DEL EDIFICIO

© Válper Ben

1.^a edición julio 2022

ISBN: 9798840285602

Ilustraciones de cubierta: goodstudio 123RF

SIN SALIR DEL EDIFICIO

Curiosos momentos eróticos
entre vecinos

VÁLPER BEN

Madrid, 2022

Twinies

ME INCOMODAN LAS MIRADAS QUE TE DESNUDAN DESCARADAMENTE, pero me resulta divertido cuando es alguien conocido quien no puede evitarlo e intenta disimularlo por todos los medios. Por ejemplo, me sucede a menudo en el ascensor de nuestra urbanización cuando coincido con algún vecino y voy especialmente guapa. Es divertido ver cómo intentan mirarme el culo sin que yo lo note, olvidándose de que la puerta entera es un espejo. Me divierte y me excita un poco, la verdad. También cuando coincido con la pareja que vive en nuestra planta, aunque de forma distinta. Mi marido y yo los llamamos *twinies* porque nos cuesta distinguirlos. Ambos llevan el mismo corte de pelo y barba y también visten el mismo estilo de ropa. Son muy atractivos y me miran de forma distinta: alaban mi gusto vistiendo o me dicen lo bien que conjuntan los pendientes con los zapatos. Ambos son diseñadores gráficos y trabajan desde casa, así que siempre acaban recogiendo los paquetes

que nos llegan cuando nosotros no estamos. Su orientación sexual hace que no les interese mi anatomía de la misma forma que a los demás hombres, pero eso no impide que sea yo quien aprecie sus culos con discreción.

Una noche, propuse a mi marido invitarlos a cenar para agradecerles que recogieran nuestros paquetes. Trajeron dos botellas de vino y nos reímos mucho durante la cena, en la que acabamos con ambas. Cuando mi marido se levantaba para ir a la cocina a por algo que faltaba, me percaté de que ellos eran tan torpes como todos los hombres en disimular sus miradas. Me divertía que admiraran el culo de mi marido, a la vez que me excitaba.

Fui al baño del dormitorio y al volver vi que uno de los *twinies* —lo prometo, no sabría decir cuál— salía a su vez del baño del pasillo y en la penumbra —pues al querer apagar la luz del baño por error apagó la del pasillo— le di un azote en el culo, apretándoselo unos instantes con fruición y susurrándole muy cerca del oído:

—¿Te has dado cuenta de que tu culo cotiza hoy más que el mío?

Cuando se volvió, fingí el mayor de los apuros:

—¡Ay, ay! Cuánto lo siento, pensé que eras Juan. ¡Madre mía, qué vergüenza!

Riéndose insistió en que no importaba, pero yo continuaba repitiendo que lo había confundido con mi marido y le agarraba del brazo compungida. Entonces él me azotó con delicadeza el culo y me dijo entre risas:

—Bueno, ya estamos en paz.

Si atrapar sus nalgas me había gustado y excitado, sentir su mano a través de la fina tela de mi vestido subió bastante mi pulso. Al volver a la mesa, tanto mi marido como ellos destacaron el color sonrosado de mi cara, que yo achiqué a los efectos del vino, pero lo cierto es que me había subido el ardor por todo el cuerpo, aunque solo en la cara pudiera verse claramente.

Se marcharon y Juan y yo empezamos a recoger los platos. Nuestro salón linda con su dormitorio y oímos que habían ido directamente allí. Por los sonidos que nos llegaban estaba claro que la velada no solo me había excitado a mí.

Nos quedamos de pie en silencio escuchando divertidos. Pero lo cierto es que aquellos sonidos eran la gota que colmaba mi excitación, así que agarré a Juan del culo, atrayéndolo hacia mí. Lo besé mientras escuchaba a los *twiniés* gemir casi en mi oído. Desabroché su camisa y dejé resbalar mi vestido, apretando mis senos contra su pecho. El calor de su piel se sumó al mío, multiplicando mi temperatura. Me dejé caer en el sofá bocabajo, sabiendo que era una invitación a la que no podría resistirse, y dejé que me quitara las bragas. Se echó sobre mí y, como siempre, agarré su miembro para guiarlo, pero esta vez no quise llevarlo al puerto conocido. Claro que notó que era más estrecho, pero encontró acomodo y, finalmente, mientras oía el placer de los *twiniés* y respiraba su perfume, que aún flotaba en el salón, me fui a la misma vez que mi marido descargaba con un gemido sordo.

El mejor polvo en muchos años.

Ok, boomer

MUCHAS NOCHES, DESPUÉS DE CENAR, LOS AMIGOS DE la urbanización bajamos al patio a charlar un rato. Nos sentamos en las escaleras que bajan hacia la entrada del garaje y ahí pasamos el rato, a veces bebiendo cerveza del chino y comiendo pipas, a veces escuchando música. Los vecinos se han quejado de que nuestras voces y risas no les dejan dormir y más de una vez han amenazado con llamar a la policía. Nos da igual. Pero esa noche, el vecino del primero, que tiene la cocina justo enfrente de las escaleras, bajó en bata a echarnos la peta. No era ni la una.

—Sois unos sinvergüenzas. No respetáis nada y además dejáis esto hecho un asco. A vuestra puta casa de una vez o llamo a la policía.

—*Ok, boomer* —le dijo Fidel y todos nos descojonamos de la risa.

El caso es que el tío se puso frenético y al final nos entró bajona y poco a poco todos se fueron subiendo

a casa, menos Susana y yo, que nos quedamos un rato más. Estaba contándome su última movida y hablábamos bajito para que el tío pesado no volviera a bajar y nos jodiera el rollo a nosotras también.

Yo estaba medio de espaldas a la ventana de la cocina del tío, pero Susana, que estaba frente a mí, se me acercó al oído y me dijo:

—No te vuelvas. El tío se cree que no le veo, pero está escondido detrás del visillo de la ventana, con la luz apagada. Seguro que se la está cascando mirándonos a las dos el muy guarro.

Yo me reí y le dije también al oído:

—¿Le troleamos un poco a ver si le da un infarto? ¿Le montamos un numerito?

La verdad es que lo dije sin pensar demasiado, un poco por las risas de contarle después, pero no pensaba más que tontear un poco fingiendo que nos liábamos, pero ella se rio, se acercó lentamente y me dio un beso en los labios. Nada más que un piquito, pero despacio, para que nuestros labios estuvieran pegados un rato y él pudiera verlo. Me entró de nuevo la risa.

—¿Sigue ahí? —le pregunté acercándome de nuevo a su oído.

—Sí, debe estar ya superempalmado. —Y al decir eso comenzó a besarme en el cuello.

Me reí de nuevo porque me hacía cosquillas, pero el cuello es una de mis zonas sensibles y cuando me lo tocan, y sobre todo si me lo besan, caigo en una especie de relajación, como si fuera un muñeco de trapo. Susana no paraba y yo apoyé las manos en su cintura para

sujetarme. Llevaba un top corto así que mis manos sintieron el calor de su piel caliente y eso me excitó todavía más. Yo no soy lesbiana, ni mucho menos, y Susana es mi mejor amiga, pero sus labios en mi cuello y el calor de su cintura hicieron que me pusiera un poco caliente. Creo que ella notó que temblaba un poco de gusto y pensé que pararía al darse cuenta de mi excitación y que incluso se enfadaría. Joder tía, que era una broma para este tío, ¿qué pasa, que eres bollera? Pero no fue así. Susana continuó besándome en el cuello y comenzó a deslizar sus labios hacia mi escote. Yo llevaba una camiseta de tubo con volantes que me caían sobre el pecho, así podía ir sin sujetador sin que mi madre me echara la peta por ir marcando pezones. Susana me besaba por encima del top y me agarró las dos tetas con las manos. A ella siempre le han flipado mis tetas porque las tengo grandes y ella las tiene más bien pequeñas. Me las ha visto muchas veces y siempre me dice: ¡Qué tetas tienes, cabrona! Me las agarraba ahora con fuerza y de repente dejó de besarme y se echó a reír. Yo me reí también. Soltó mis tetas y nos reímos a gusto, haciéndonos gestos la una a la otra pidiéndonos parar para no hacer ruido. Había sido divertido y seguro que al tío le habíamos puesto a mil. Pero el caso es que la que también estaba a mil era yo. Me había gustado sentir los labios de Susana en mi cuello y sus manos en mis tetas. Ella seguía riéndose y, como para callarla y que no hiciera ruido, le di un beso en los labios.

—Ahora me toca a mí —le dije después al oído y le mordí el lóbulo suavemente. La sentí temblar como

si le diera un escalofrío y, aunque continuaba riéndose bajito, noté que su piel se excitaba cuando bajé a besarle el cuello. Mis manos seguían en su cintura. Las subí un poco más por debajo de la blusa. Susana casi nunca lleva sujetador porque tiene pocas tetas y no lo necesita. Sentí la cercanía de la curva de su pecho sobre mis manos. La notaba cimbreada mientras mi boca mordía su cuello con los labios. Parece que para ella también el cuello es un punto muy sensible.

Yo debía de tener la cabeza tan concentrada en mi boca que mis manos parecieron independizarse y tomar vida propia, porque mis pulgares se levantaron y poco a poco buscaron a la vez los dos pezones de Susana. Los encontraron y comenzaron a jugar girando sobre ellos una y otra vez. Estaban duros y sentí la excitación de Susana en el movimiento de su cuerpo.

De repente me entró un golpe de miedo. ¿Y si el tío lo estaba grabando? No, no podía ser. Era un *boomer*, fijo que no sabía ni manejar el móvil. Lo que sí era seguro es que se la debía de estar cascando a gusto. Si lo que queríamos era reírnos de él, más bien le estábamos haciendo un puto regalo, pero yo ya no podía pensar en eso. Me sentía poderosa al notar cómo Susana se iba excitando con mis manos y mi boca y me atreví un poco más. No pensé ya en si esto iba a romper nuestra amistad, si al hacerlo iba a resultar difícil justificar después que todo seguía siendo una broma para reírnos del vecino, pero el caso es que levanté su top dejando desnudos sus pechos y, empujándola un poco para darme espacio, bajé la cabeza y mordisqueé sus pezones.

A ver. No tenía importancia. Muchas chicas de nuestra edad habían tenido experiencias lésbicas. ¿Por qué no? Si todo había empezado como una broma, después había continuado como una experiencia. No era nada de lo que avergonzarse. Lo podíamos hasta contar. Susana y yo nos hemos liado. Ha sido una experiencia de puta madre. Teresa también se había liado con una prima suya en el pueblo y nos lo había contado. Entre los tíos es otra historia, pero nosotras que estamos todo el día sobándonos y dándonos besos no tiene nada de especial.

No sé si pensaba todo eso mientras estaba allí o solo lo pensé después en la cama cuando llegué a casa. No lo sé. Sus pechos tenían un sabor a playa y me gustaba. Pero Susana ya no se reía. Noté que sus manos se habían agarrado a mis piernas con fuerza. Su risa se había convertido en unas aspiraciones cortas, como si temiera quedarse sin aire y quisiera coger rápidamente el poco que hubiera. Pero a la que le faltaba el aire era a mí. Me separé de sus pechos y levanté la vista. Susana estaba con la boca abierta y los ojos entrecegados. Me cogió la cabeza, me levantó hasta su altura y me dio un beso en la boca, pero esta vez con lengua.

—Joder, tía. Me has puesto a mil. ¡Qué lengua tienes! —Y se rio.

—Yo también. Mira cómo tengo el corazón. —Y cogiéndole la mano me la lleve al pecho para que sintiera mis pulsaciones aceleradas. No lo hice con mala intención, fue un gesto natural que he repetido muchas veces antes con Susana y otras amigas, pero claro,

tal y como estábamos de calientes, su mano en mi pecho la sentí de otra forma, y ella también, porque me bajó el top y dejó libres mis pechos.

—¡Qué tetas tienes, cabrona! —me dijo mientras acercaba su boca.

A ver, me han comido las tetas muchas veces, y chicos distintos, pero no sé si por lo caliente que estaba, por el morbo de la situación, o porque la boca de Susana parecía hecha para mis pezones, el caso es que nunca lo había disfrutado como esa vez. Me mordía suavemente con los dientes y pasaba la lengua por mis pezones una y otra vez haciéndolos crecer como si se estiraran para tener más superficie para sentir esa lengua. ¡Qué lengua! Yo eché la cabeza hacia atrás apoyando las palmas de las manos en el suelo detrás de mí. Veía las estrellas literal y metafóricamente a la vez.

En ese momento sonó un estrépito de caída de cacharos. Susana se separó rápidamente y yo me subí el top instintivamente. Miramos hacia la ventana de la cocina del vecino y vimos una sombra moverse rápidamente. En la excitación debía de haber hecho algún movimiento brusco y tirado algo sin querer. Se encendieron otras luces en su casa y oímos una voz de mujer.

—Pero ¿qué ha pasado? Julián, ¿qué haces levantado a estas horas?

—Tenía sed, pero por no encender la luz me he tropezado y he tirado el frutero.

Susana y yo nos empezamos a reír y nos levantamos para irnos de allí antes de que la mujer se asomara y nos viera. Nos fuimos riendo en sordina por el patio

hasta la otra esquina de la urbanización, donde está mi portal. Iba a despedirme de Susana y subirme a casa cuando me cogió de la mano y me llevó hacia dentro del patio, saltando el seto de arbustos, bajo un árbol. Me apoyó sobre el tronco y me comenzó a besar en la boca a la vez que sus manos se metieron bajo mi falda buscando mi culo. Lo apretó con las dos manos y al hacerlo sentí mi vagina abrirse aún más. Tenía las bragas húmedas y no solo del sudor de haber estado sentada. Susana sacó su mano izquierda de mi culo y la metió bajo la falda buscando mis labios abiertos, echando a un lado la tela de mis bragas. Su dedo se colocó entre ellos y comenzó a moverse frotándome el clítoris suavemente. Yo la imité y a través de las mallas que llevaba encontré también sus labios abiertos y noté que la humedad había atravesado la fina tela. Comencé a frotarla también y con la otra mano le sujetaba con fuerza el culo. Estuvimos un buen rato besándonos en la boca, con las lenguas entrelazadas, lamiéndonos por dentro y masturbando la una a la otra. Tal y como estábamos de calientes no tardamos en corrernos las dos a la vez.

—¡Qué pena que no haya piscina en la urba! —dijo Susana—. Ahora mismo estaría de puta madre darse un baño.

Un placer entre amigas

Válper Ben



Un placer entre amigas

Válper Ben

Páginas: 176

Publicación: 14/03/2024

Tapa blanda: 9,99 €

Ebook: 2,99 €

Disponible en Amazon y en
www.calipigia.es

JULIA y Lucía se hacen amigas el día que son despedidas de la empresa en la que trabajan. A pesar de la diferencia de edad, congenian muy bien y poco a poco Julia se va contagiando de la vitalidad y desinhibición de su amiga. La amistad con alguien más joven que derrocha vitalidad sin frenos despierta en Julia las ganas de experimentar en el sexo —lo que su marido agradece—, pero poco a poco empieza a sospechar que las nuevas experiencias y fantasías nacen en realidad de la atracción que siente hacia su amiga. ¿Se está enamorando de Lucía o es simplemente deseo? ¿Siente deseos hacia otras mujeres o solo hacia ella? Mientras intenta responder a estas preguntas y se resiste a aceptar algunas respuestas no deja de explorar su sexualidad y disfrutar de una bonita amistad.

Confieso que he follado

Aurelio Plieza



Confieso que he follado
Memorias de un diletante
del sexo

Aurelio Plieza

Páginas: 300

Publicación: 06/2025

Tapa blanda: 14,99 €

Ebook: 4,99 €

Disponible en Amazon y
en www.calipigia.es

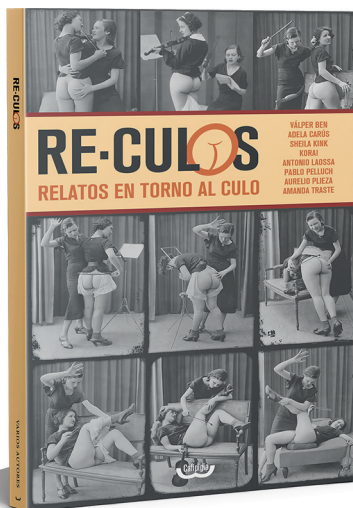
Cuando Aurelio se decide a escribir sobre sí mismo descubre que lo que ha vertebrado su vida a lo largo de los años ha sido el sexo: su curiosidad por el cuerpo femenino, su búsqueda del placer estético y físico en el el acto sexual y en definitiva la persecución perpetua del erotismo.

Así que no puede ser otro el hilo conductor de su biografía que esa pasión por el sexo que nace en su preadolescencia y lo acompaña hasta el momento en que, prácticamente prejubilado, decide sentarse frente al ordenador a rememorar todos esos momentos, sin escamotearnos nada.

Son tantos y tan apasionados que estas páginas solo pueden abarcar los años de su juventud, quizá los más intensos por estar permeados de las sorpresas iniciales; de ese encanto de lo que sucede por primera vez.

RE-CULOS

RELATOS EN TORNO AL CULO



Autores: Válper Ben, Adela Carús, Sheila Kink, Korai, Antonio Laossa, Pablo Pelluch, Aurelio Plieza, Amanda Traste

Páginas: 100

Publicación: 14/02/2025

ISBN: 978-84-129865-0-1

Tapa blanda: 9,99 €

Ebook: 2,99 €

Disponible en Amazon y en

www.calipigia.es

Lo llamamos pompis o pandero si atendemos a su forma y tamaño; posaderas si nos fijamos en sus funciones; y trasero por el lugar que ocupa en nuestro cuerpo. Sea por su forma, su función o posición, el culo, a menudo considerado la parte más ínfima y baja del ser humano, nos atrae. Desconfía de quien no te mire a los ojos cuando le hablas, ni el culo cuando te vas, porque si la cara es el espejo del alma, el culo es su azogue. Por eso te ofrecemos en estas páginas ocho culos espléndidos a modo de espejo, si no para verte mejor, al menos para pasar un buen rato.



www.calipigia.es